**De colores**

Alguna vez escuché decir que Ciudad de México era azul. Nunca había pensado que las ciudades podían tener un color. Más adelante, alguien me dijo que Medellín era roja. Cuando se está arriba en los edificios, tan arriba que las personas se convierten en hormigas, se ven prácticamente solo los adobes y los ladrillos de la ciudad.

Yo siempre la he visto llena de colores, así como la primavera. Permanecen mezclados y caóticos como los pasos que dan las multitudes que cargamos en nuestra forma de seres humanos. Pero esta semana, aún no sé por qué, un día se ordenaron y me permitieron observar una orquesta en armonía.

Caminaba, al ritmo de la calle 70, entre taconeos, pasos sutiles, murmullos ajenos y motores en marcha. El gris del pavimento fue el elemento unificador en el trayecto, pero hubo momentos de amarillos, de verdes, de azules. El letrero del éxito iba a juego con el carrito en la acera con piñas, sandías y mangos. Los rojos de una gasolinera se cruzaron en el momento indicado con la camisa en llamas de un niño, un carro parqueado y un grupo de mandarinas, maduras y listas para pelar. Una calle, al otro lado se veía verde, entrecruzada con las ramas. Levanté la mirada y la vida se volvió blanco y negro: las palomas, los cables de luz y el cielo gris.

Así es Medellín, volátil, en vaivén. Es caprichosa, puede ser azul, puede ser roja, puede ser verde, puede ser gris. Puede venir por gamas, mezclarse y crear tonos nuevos. Es, simplemente, de colores.

Ana Isabel Gómez Molina
Universidad Pontifica Bolivariana
Comunicación Social y Periodismo